

“Peligro, no agitar”

Por Alain Genestar

París Match. (Editorial) Noviembre 2005. Número 2947

Cuando hay fuego en casa todo el mundo se moviliza para apagarlo. Es normal. Es así como sucede en la vida real. La política no pertenece pues a la vida real. Los suburbios arden, mueren personas, La República está en peligro como sin duda no lo ha estado después de los atentados perpetrados bajo su suelo, hay urgencia e imperiosa necesidad de reaccionar juntos, todos los partidos unidos y la política persigue su defensa mezquina de intereses partidarios y personales, como si tal cosa. Como si fuera la simple espectadora de un desastre en el que ella no fuera colectivamente responsable. Tal Nerón contemplando Roma en llamas después de haber ordenado el incendio.

Decepción de una política que se sirve de los dramas, que utiliza el miedo, que recurre a los muertos para destruir un rival o un adversario, destruyéndose a ella misma.

Tratándose de la suerte, la política es pirómana. Lo es por sus errores que la han conducido a abandonar las ciudades de los suburbios en situaciones de decadencia urbana y de desesperanza humana. Que sean de izquierda o de derecha los gobernantes de estos 20 últimos años no ha sabido encontrar soluciones. Era difícil, seguro. Pero los problemas estaban claramente identificados e incluso electoralmente identificados durante la última presidencial donde los candidatos han hecho campaña sobre la seguridad. Cuando sabiendo que quedan rescoldos del incendio todos los medios, especialmente presupuestarios no se ha puesto en marcha para impedir que esto explote, Ha habido desasistencia a ciudadanos en peligro.

La política es forzosamente responsable de la degradación de los suburbios, de sus causas y consecuencias. No reprocharlo sería negar su razón de ser y su legitimidad para ocuparse de los asuntos de la ciudad, aquello para lo que ha nacido. Podemos criticarla sin incendiarla; ahora bien es ella misma la que se incendia osando mezclar el drama de los suburbios con la campaña presidencial.

¿Comprenderá la política un día que el asunto de la violencia cuando está blandido por partidos o candidatos a unas elecciones es una bomba de nitroglicerina que puede al menor choque explotarle en la cara? Este tema de la violencia es a manejar con precaución. “Peligro, no agitar” debería estar inscrito en la cabecera de los programas.

Nicolas Sarkozy se ha erigido en campeón del orden republicano, construyendo su reputación de presidenciable ineludible e base a estos primeros éxitos. Lo que ha pasado estos días aquí en los suburbios y estas noches allá muestra hasta que punto todo esto puede ser frágil. El Ministro del Interior tiene siempre la confianza de la opinión pública como muestran los primeros sondeos, pero hay mucho que decir, a veces con palabras que hieren, él ha impuesto unas medidas rápidas y de resultados espectaculares. Un desafío brutal, hecho verbal condena siempre a salir airoso. Nicolas Sarkozy ha obtenido su popularidad y su prestigio de su capacidad para garantizar la seguridad de sus ciudadanos. Si por desgracia nuestro país no lo consiguiera, si los disturbios continuaran ardiendo a pesar de los corta-fuegos, su porvenir sería comprometido. Esto tiene un nombre: efecto boumerang.

La seguridad no es asunto de una sola persona, sino de todos los políticos que son conscientes del peligro de la situación actual. Sarkozy ha tenido quizás la equivocación o la audacia de querer encarnar, en su nombre, el orden y la seguridad. Pero exigir

su dimisión, como algunos de la izquierda, o alegrarse de sus dificultades, como algunos otros a la derecha, es una explotación indigna de circunstancias dramáticas en las que la salida concierne a cada ciudadano, a cada partido político.

Podemos decir sin ser partidistas que deseamos de todo corazón que el gobierno logre restablecer el orden, que Sarkozy no fracase en su misión puesto que en ello va el interés del país. Si estas escenas de violencia que arruinan vidas y la reputación de Francia a los ojos del mundo no bastan para restablecer una tregua en la habituales querellas de la política sería perder toda la esperanza.

No se trata de pedirle que se calle. Al contrario que debata con inteligencia y responsabilidad, pero sin dar el espectáculo de sus enfrentamientos entre traperos suicidas. Un poco de altura, de contención, de respeto, es lo que piden aquellos a los que en la primavera 2007 votarán en las presidenciales. O hartos no votarán. O votarán en otra parte fuera de partidos republicanos, como en la primera vuelta 2002. Este siniestro escrutinio en el que la política ha aprendido, decididamente, poco.